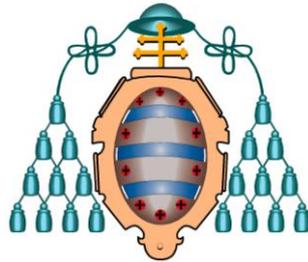


Trabajo de Fin de Máster
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia
Universidad de Oviedo



UNIVERSIDAD DE OVIEDO

**El poder de la imagen durante la Guerra Hispano-Cubana-
Norteamericana. Cine, sátira y otras representaciones**

Álvaro Diez González

Trabajo de fin de Máster dirigido por Víctor Rodríguez Infiesta

Oviedo

Junio 2012

Índice

Introducción	2
Identidades nacionales finiseculares	
Nacionalismo español.....	5
El “Desastre” y la crisis del 98.....	10
Nacionalismo cubano	14
Nacionalismo estadounidense	16
Hechos bélicos	20
El papel del cine en la guerra hispano-americana de 1898	
Introducción	26
El cine en Estados Unidos y la guerra del 98.....	29
Análisis fílmico	31
El poder de la prensa satírica	
Introducción	41
Asuntos políticos	60
Asuntos económicos	62
Pueblo	63
Asuntos religiosos	64
Periodismo	66
Otros asuntos.....	68
Fotografía de la guerra hispano-cubana-norteamericana	
Contextualización.....	73
Análisis fotográfico	78
Conclusiones	86
Bibliografía	93

Introducción

Cuando se inicia una investigación, distintos motivos determinan la elección del tema de estudio: interés, ampliación de conocimientos o simple curiosidad. Tras distintas lecturas y cierta apertura de miras, es posible considerar que se han obtenido las respuestas que se buscaban. En este caso, el interés por la guerra de Cuba y la pérdida de los últimos restos del imperio colonial viene desde antiguo; desde una infancia en la que al autor de estas líneas le contaron la historia, mas tarde revelada no muy real, de cómo los españoles, valientes y osados, dirigidos por el almirante Pascual Cervera fueron a luchar contra los americanos con antiguos barcos de madera y cómo, obviamente, fueron destruidos. La pérdida de esta flota supuso la pérdida del Imperio Español.

Esta historia maniquea se transformaba en una mente infantil en una especie de épica pelea entre barcos como los que aparecían en los libros de historia: la nao Santa María que llevó a Colón a las Indias o aquellos galeones de los siglos posteriores, frente a aquellos acorazados de la II Guerra Mundial. Y aquel niño no entendía esa incongruencia. Con el paso del tiempo, esa visión se fue completando, y poco a poco, todo aquello que cayese en mis manos acerca de dicho conflicto fue ayudándome a completar la historia. Ya no eran barcos de madera, sólo eran barcos poco preparados; no fue una pelea épica, más bien fue una ratonera. No fue una batalla aislada, fue la última consecuencia de un complicado siglo XIX para España. Sin embargo, como todo mito, sí existe una parte de verdad; los americanos eran más poderosos, estaban mejor preparados y ellos sí convirtieron la derrota del antiguo Imperio Español en un mito simplista: el fin de los imperios antiguos era un hecho. Ellos se convertirían, por las buenas o por las malas, en los nuevos garantes de la estabilidad del continente americano.

Con el paso del tiempo, dicho conocimiento se amplió: el descubrimiento del personaje de William Randolph Hearst, magníficamente mostrado en la película *Ciudadano Kane*, ayudó a comprender el peso que la prensa amarillista, y por tanto manipuladora, ejerció sobre las conciencias americanas, agitándolas y volviéndolas maleables a los intereses partidistas de un grupo de personas, que con el sueño del

lebensraum en la cabeza, no solo consideraban, sino que exigían el control sobre Cuba española. Estados Unidos encontró un *casus belli*, de origen difícilmente explicable, que provocó una lógica concatenación de acontecimientos que concluyeron en la firma de la Paz en París, donde se cedió Cuba, una isla problemática, pero considerada por España como la última joya de la gran corona que había tenido durante siglos, y Puerto Rico, una isla tranquila que siempre vivió a la sombra de Cuba, para lo bueno como para lo malo. Y, por último, la deshonrosa entrega de Filipinas, no contemplada en el tratado de Paz y añadida a última hora, aceptada solo tras la mediación de la Reina Regente, con aquella clara y concisa frase:

“(…)no asumiré la responsabilidad de volver a traer a España todos los horrores de la guerra. Para evitarlos, se resigna a la penosa tarea de someterse a la ley del vencedor, por dura que sea, y como España carece de los medios materiales para defender los derechos que cree que son suyos, se aceptan los únicos términos que le ofrecen(…)”

Telegrama a Montero Ríos de S.M. la Reina. 21 de Diciembre de 1898.

Con la comprensión del poder de la prensa, y a pesar de la extensa bibliografía disponible sobre dicho tema, continuaba pareciéndome insuficiente la información recibida. Tres hechos se concatenaron para concluir en este trabajo de investigación. El primero de ellos nace como fruto del azar; el descubrimiento de una impresionante hemeroteca digital con fondos sobre la guerra hispano-americana de 1898 en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. En dicha hemeroteca, aparte de una exhaustiva bibliografía de época sobre el tema, existe la posibilidad de visualizar la media centena de películas que se han conservado sobre dicho conflicto. Ante un material tan interesante y poco estudiado, resolví que sería útil un estudio relativo al uso, utilidad e influencia de dichas películas en el contexto del momento.

El segundo hecho que me llevó a escribir este trabajo viene de la mano del reconocimiento y respeto que siempre tuvo para mí el humor claro, cruel, mordaz e incisivo que mostraban los semanarios satíricos españoles del XIX, siendo el referente la revista *La Flaca*. Las famosas imágenes de Isabel II insultada, criticada y despreciada o el mapa con el retrato de todos los caciques que gobernaban España a fines del XIX o las caricaturas de los políticos del momento, me llevan a defender que es posible enseñar y aprender historia con humor. Si bien es cierto que un estudio riguroso de dicha prensa es de todo, menos humorístico.

Con estos dos pilares de interés, aún me faltaba un impulso. Un libro aconsejado me proporcionó el tercer y último pilar. La obra de Peter Burke *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, me aportó la visión crítica. En dicha obra Burke da un “tirón de orejas” a los historiadores. Considera que los historiadores tienden a la estancamiento de sus estudios, ignorando conscientemente un material que podría resultarles útil; prefieren centrarse en textos y hechos antes que sondear la información proporcionada por las imágenes. Denuncia lo mismo que denunciaba el padre de la paleografía, Jean Mabillon en el siglo XVIII en su obra *De Re Diplomatica*: todo es útil, no sólo aquello que nosotros consideramos *a priori* como tal. La información proporcionada desde cualquier soporte debe tenerse siempre en cuenta. Burke razona, y con bastante exactitud, que son relativamente pocos los historiadores que consultan los archivos fotográficos en comparación con los que trabajan en depósitos documentales en relación con la información escrita. Son pocas las revistas con ilustraciones, y cuando las tienen, son pocos los autores que aprovechan la oportunidad que les brinda dicho soporte. A menudo los historiadores, cuando utilizan imágenes, las tratan como simples ornamentos, sin comentarlas. En los casos en los que las imágenes se analizan en el texto, su testimonio suele utilizarse para ilustrar las conclusiones a las que el autor ha llegado por otros medios, y no para dar nuevas respuestas o plantearse nuevas cuestiones.

El significado del concepto “analfabeto visual” adquiere aquí gran importancia. Si durante siglos la población era una “analfabeta textual”, con la llegada de la casi plena alfabetización, adquiere valor lo escrito y pierde peso la educación visual. Pese a ello, seguimos considerando que la imagen siempre dice la verdad, mientras que el texto puede ser falaz. El historiador, y por suerte esto cada vez es más común, no debe solo apoyarse en las fuentes obvias, debe recurrir, indagar e investigar en campos poco explorados. ¿Por qué lo representado aparece de esa manera?, ¿Por qué se utiliza un determinado lenguaje?, ¿qué función o destinatario tiene?, ¿qué fuente no investigada puede darme una nueva visión sobre mi investigación?.

Con estas ideas en mente, el resultado del estudio e investigación acerca del poder de la imagen en la guerra hispano-cubana-norteamericana de 1898 a través de las representaciones de la prensa satírica, el cine y la fotografía, se muestra a continuación.

Identidades nacionales finiseculares

Nacionalismo español

1898 se convierte en el año en el que una parte de los españoles deciden por fin despertar de su letargo, lamentándose de su situación y proponiendo, e incluso exigiendo, de manera urgente e inmediata, cambios. El amargo despertar que supuso tener la certeza no solo de no ser ya una potencia, como en el siglo XVIII, sino que ni siquiera se les respetaba como potencia de tercer orden, al ser comparada con países agonizantes, tales como el antiguo Imperio Otomano, fue un *shock* que tardó bastante en ser superado. España y los españoles llegan a cuestionarse su ser y su razón. Para entender esto, debemos remontarnos a principios del siglo XIX, en el momento de la formación y desarrollo de las identidades nacionales europeas. Y antes que nada, definir el concepto de nación como uno de tantos círculos o estructuras de la vida colectiva donde cada individuo inserta la suya personal¹. La distinción entre idea de nación política y nación cultural tiene una gran importancia de cara a una comprensión del fenómeno nacional. Existe una clara relación entre el Estado y el surgimiento de la nación territorial o política, el cual emerge en aquellos supuestos en que la nación nace a consecuencia de una politización de rasgos étnico-culturales. El Estado necesita con el tiempo, el recurso de solidaridad y cohesión que supone y es la nación. Por otro lado, la nación cultural se establece en el momento en el que existe una realidad cultural de un pueblo y una organización política *ad hoc*².

El siglo XIX es una etapa convulsa, plagada de revoluciones y cambios políticos, donde todo lo que parecía inmutable los siglos anteriores se derriba y se convierte en ejemplo de una vieja época que parece que todos quieren superar. En este clima de cambio, los únicos elementos que parecen pervivir son las monarquías antiguas; tales como Francia, Gran Bretaña o España. En estos países se produce una refundación en términos modernos de los antiguos sistemas políticos. En el caso español, el sistema presentará más graves problemas, en parte por su situación interna y en parte por las ansias de igualarse a estos países y la imposibilidad de lograrlo, redundando todo ello en una constante crisis identitaria que buscará elementos patrios

¹ F. AYALA, *La imagen de España*. Madrid, 1986, p. 68.

² A. de GUERRERO, *Sobre el nacionalismo español*. Cuadernos y Debates nº 15. Madrid, 1989, pp. 11-14.

para sobrellevarla como explicaremos más adelante. En España, podemos situar los gérmenes del concepto de “español” durante los primeros Habsburgo, donde la hegemonía política que disfrutaba España en aquel entonces favorecía o era acompañada por expresiones de orgullo patriótico. A lo largo del siglo XVII, se entra en una decadencia reflexiva; así, llegamos al siglo XVIII, donde se produce una lenta reaparición del culto a las glorias patrias, vuelve el estudio de la figura de Don Pelayo o de Guzmán el Bueno³, usando así a la historia como soporte crucial de la construcción de la identidad española. La Monarquía Ilustrada española comenzará a construir la mitología nacional en términos modernos. Esta identidad es potenciada y reforzada “gracias” a una guerra que se llamó de Independencia. A fin de cuentas, los españoles habían comenzado la era de las naciones con un levantamiento contra el dominio extranjero, ¿quién podría poner en duda que la vieja monarquía hispánica era una nación? Tras esto, durante la última etapa del reinado de Fernando VII se produjo una situación que podríamos considerar análoga al Desastre de 1898: La pérdida del 98% del imperio colonial; sin embargo, los políticos e intelectuales de aquel momento apenas se preocuparon de ello. Las élites de 1820 estaban absorbidas por las luchas a favor o en contra del absolutismo. El criterio fundamental en aquel momento no era la afirmación de la nación en un contexto europeo de competencia por el dominio del mundo, sino la instauración de un sistema de libertad y luces frente al absolutismo y oscurantismo⁴. Los liberales pretenden modernizar la sociedad y convertir en nacionalismo moderno la compleja e imprecisa identidad española y de los sentimientos etno-patrióticos del Antiguo Régimen. Por tanto, allí, el Rey había perdido los territorios. Aquí, nosotros perdimos las colonias.

A medida que pasaron las décadas, la posesión de un imperio se convirtió en el criterio máximo para valorar el estatus de una nación. Justo en ese momento, el nacionalismo español tenía, si quería sobrevivir, que inventarse una función: la expansión de las fronteras territoriales del Estado. Ante la imposibilidad de expandirse hacia Portugal o recuperar Gibraltar, la vista de los políticos y militares españoles de mediados del XIX se dirigió al sur. Fue la llamada “política de prestigio” de O’Donnell⁵. La guerra contra Marruecos en 1859-1860 se vendió como la ocasión

³ J. ÁLVAREZ JUNCO, “La nación en duda” en Pan-Montojo, J. (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, 1998, pp. 425-427.

⁴ J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, 2001, p. 501.

⁵ J. ÁLVAREZ JUNCO, *Op. cit. Mater...*, pp. 523-525.

perfecta para demostrar a los europeos la persistencia de la monarquía española como gran potencia. Pese a todo, esta guerra fue ignorada por las potencias europeas. Sin embargo, tuvo dos ventajas: si durante los primeros años del siglo XIX el proceso de construcción del nacionalismo español se había llevado a cabo gracias a los liberales y progresistas, mientras las fuerzas más conservadoras se mantenían fieles a la legitimidad dinástica como justificación del poder político y defensa del catolicismo, en 1859, la guerra vendida como “la cruzada contra el moro” permite la unión entre españolismo y catolicismo, haciendo atractivo el nacionalismo para muchos de los que antes desconfiaban. Por otro lado, el fracaso expansionista nacionalista español y la ausencia de desafíos externos e internos favorecieron el asentamiento de la firmeza del Estado⁶, si bien no la imbricación de la sociedad en el Estado. Todo Estado necesita de instrumentos para llegar al pueblo, confundirse con él y difuminar la dicotomía entre el concepto de pueblo y el concepto de Estado. Todo tiene que ser lo mismo.

Para ello, el Estado busca la nacionalización de las masas, esto es, cohesionar a la población a través de los símbolos, la educación, el servicio militar o la arquitectura del poder. En vista de los resultados a fines del siglo XIX, el Estado español no se esforzó lo suficiente por potenciar estos mecanismos nacionalizadores; el proceso fue escaso, desigual e insuficiente debido a la crónica indigencia de la Monarquía española a lo largo del siglo XIX. No se potenció la educación, el servicio militar fue obligatorio, pero podía ser redimido con dinero, favoreciendo a una oligarquía y perjudicando al pueblo. Los símbolos, con excepción de la bandera, fueron ignorados y la arquitectura del poder fue a todas luces anecdótica; los primeros monumentos nacionales surgen después de la Guerra de Marruecos de 1860 y sobre todo tras la derrota de la Guerra de Cuba en 1898.

En este semifracasado intento de creación del sentimiento nacional surge un patriotismo trágico y burlón. Para sobrevivir en España y al Estado, el español aprende a sonreír e ironizar ante sus propias desgracias⁷. Este “propias” que supone un “nuestro”, significa que el proceso nacionalizador no fracasó del todo al existir una identificación con la nación. La dificultad de consolidar un proyecto nacional en el siglo XIX dio como resultado que fuese más fácil identificar la patria con el Estado. Con esta

⁶ A. de GUERRERO, *Sobre el nacionalismo español*. Cuadernos y Debates nº 15. Madrid, 1989, p. 19

⁷ J. ÁLVAREZ JUNCO, “La nación en duda” en Pan-Montojo, J. (coord.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, 1998, p. 438.

ironía surge todo un repertorio de estereotipos en torno a la identidad nacional y los valores patrios. Los españoles pertenecen a un territorio rico y fuerte que con una profunda religiosidad muestran su adhesión monolítica al catolicismo, poseedores de una monarquía a la que le deben la unificación del país y el doblegamiento de los nobles. Son un pueblo romántico, inclinado por los valores nobiliarios, tales como la caballeridad, el honor o el desprendimiento, impulsivos, despreocupados, ardientes, pasionales y sobre todo, de probada belicosidad, capaz de morir antes que rendirse, lo que demuestra su invencibilidad. Pero también un pueblo estigmatizado por la losa del “vuelva Ud. mañana”. Aunque no debemos entender esto como el reconocimiento de un pueblo perezoso, sino como la idiosincrasia de un pueblo preindustrial y precapitalista, que está más cómodo con los métodos de organización y convivencia rural y agraria que con las actividades económicas y forma de vida capitalistas⁸. Esta idea, que a mediados del siglo XIX España portaba con orgullo, se convertirá en una pesada losa de complejos en el último tercio del mismo.

Una vez reconocido el ser nacional es el momento de que adquiera una forma visible. España es habitualmente una figura femenina, como sucede con las representaciones de Francia o Alemania, pero poco sensual, de líneas rectas, belicosas y justicieras. España lleva una corona, rematada con almenas en referencia a Castilla, cuna del Estado. Se encuentra acompañada de un león, símbolo desde tiempos pretéritos de la fuerza y carácter de los españoles. Sin embargo, a mediados de siglo, esta respetuosa matrona comienza a aparecer escuálida, con ropas raídas, desangrada por los políticos y desesperada por las peleas entre sus hijos. Cuanto más avanza el siglo, más decrepita, asediada y agonizante aparece. El león que la acompaña está escuálido, domesticado y con frecuencia encadenado⁹. Así se imaginan acercándose el fin del siglo los españoles a España.

Con la llegada del sistema político de la Restauración en 1876, podemos considerar, que tras transcurrir todo el siglo XIX, se ha producido la consolidación del Estado liberal. Sin embargo, la idiosincrasia propia de este liberalismo español no permitió que se liberase completamente del Antiguo Régimen. En ciertos sectores de la sociedad las cosas siguen como a principios de siglo. Esta dialéctica entre integración nacional y protección del interés de clase generó una gran desconfianza en el sistema.

⁸ F. AYALA, *La imagen de España*. Madrid, 1986, pp. 39-57.

⁹ J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, 2001, pp. 543-546.

Pese a todo, puede decirse que el último tercio del siglo XIX supone la culminación de la construcción nacional en España¹⁰. El régimen político surgido en 1876 aunque sea centralista por vocación, fue demasiado débil e ineficaz en la práctica. La lentitud de su propia evolución y el desinterés integrador de las élites produjo una creciente disfunción del Estado. Por otro lado, los dos principales modelos estatales para la homogeneización cultural y creación de la conciencia nacional, como son la escuela y el ejército, también fracasaron. La escuela, al estar en manos de una élite religiosa reaccionaria omnipresente, que imposibilitó un modelo escolar público, laico y liberal. Es más, la lengua, que en nuevos Estados como Italia o Alemania fue el elemento nacional aglutinador, no lo es tanto en España. Las instituciones se contentaron con la diglosia: el español era la única lengua oficial, pero perviven y se permiten lenguas regionales usadas como instrumento de comunicación popular. El ejército, que debería ser el elemento patriótico más importante del Estado, prestigiando al mismo con sus victorias y conquistas, será burlado, insultado y desprestigiado ante sus constantes fracasos. Ante este obvio fracaso, el sistema liberal volverá al único elemento que parece funcionar: el nacionalismo histórico. Al darse por supuestas la nación y la conciencia nacional, el Estado bombardea al pueblo con el objetivo de reforzar sus señas de identidad, que con la providencia divina y las imágenes imperiales o religiosas buscaba generar un patriotismo popular, coherente e integrador¹¹. Pero esto sólo funcionaba cuando la patria se encontraba en peligro ante un enemigo exterior.

Frente a éstos se encontraba el pueblo, un pueblo al que le faltaba fe en la legalidad y confianza en el derecho, era propenso a la arbitrariedad y prefería gastar sus energías en resistir, antes que en perseverar en el camino de los cambios y mejoras. Este pueblo se encuentra traumatizado ante la imposibilidad de una transición pausada entre el Antiguo Régimen y el Estado Liberal, debido a la constante intromisión de elementos: La Guerra del Francés, los espadones políticos y los largos años de guerras civiles. Y, si aun fuese poco, cuando llegó la democracia formal y sosegada, el sistema fue rápidamente pervertido por los poderosos¹². Pese a esto, una parte de los españoles trataron de superar el estado de súbditos para convertirse en ciudadanos, construyendo así una nación moderna. Con todo, y como siempre, el poder-Estado y el pueblo iban

¹⁰ F. MOLINA APARICIO, "Nación, pueblo y desastre. Nacionalismo y construcción nacional en España (1876-1898) en J.P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Antes del "Desastre"*. Madrid, 1996, p. 435.

¹¹ F. MOLINA APARICIO, *Op. cit.* "Nación, pueblo...", p. 440-441.

¹² M^ª J. GONZÁLEZ, "Antes y después del noventa y ocho: Reflexiones sobre la ciudadanía" en J.P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Antes del "Desastre"*. Madrid, 1996, p. 61-66.

por caminos distintos, yendo el segundo más rápido que el primero. El pueblo mudaba su mentalidad, alteraba su forma de percibir la comunidad nacional y cuestionaba la ubicación de las clases y los grupos sociales. Pero todo aguantaba aparentemente cohesionado hasta que una guerra quebró la nación.

El “Desastre” y la crisis del 98

Pese a todo esto, España entró en la última década del siglo XIX con paso lento pero firme, la construcción de la identidad nacional se había concluido con un razonable grado de éxito. Aún conservaba restos coloniales en el Caribe e incluso en la lejana Oceanía, y no había sufrido amputaciones en su territorio nacional. Aunque estaba algo acomplejada ante sus vecinos más opulentos. Sin embargo, hacia 1890, tras la prematura muerte del rey Alfonso XII, los atentados de Barcelona, la agitación en las antiguas “Vascongadas”, la guerra de Melilla, y de nuevo la guerra de Cuba hacen mella en la percepción de lo español, creyendo que la idea de la decadencia era inseparable del *fin de siècle*¹³. En ese momento, el golpe de gracia se lo dará los Estados Unidos en 1898. Un país joven, sin demasiada historia, pero que ya era la primera potencia industrial del mundo y estaba entrando en ebullición debido a la presión de grupos que querían expandir su influencia política por el Pacífico y el Caribe. Ante esto, la monarquía española ofrecía un blanco perfecto para los ataques: era débil, tenía unos territorios coloniales muy alejados de la metrópoli y existía un importante caldo de cultivo para el descontento¹⁴.

El aspecto de nación “sin historia” es muy importante para la mentalidad española. Consideraban honroso combatir contra sus viejos enemigos, tales como Inglaterra u otros países europeos. La mentalidad resentida de las derrotas acontecidas en siglos anteriores aún pesaba en el imaginario colectivo. Pero un país joven, sin historia, sin batallas en su memoria, era una gran ofensa para los españoles. Se preguntaban cómo osaba enfrentarse Estados Unidos con un país que tenía en su haber victorias como las Navas de Tolosa, San Quintín o Lepanto; cómo se atrevía siquiera a toser a España. Una gran parte de los españoles, seguros de su victoria y fiereza adoptaron una visión “paternal”, como el padre que reprende a un niño por su osadía y mal comportamiento. A fin de cuentas, la fiereza del carácter de los españoles, la ayuda

¹³ J. M. JOVER ZAMORA, “Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo” en J.P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Antes del “Desastre”*. Madrid, 1996, p. 17-22.

¹⁴ J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, 2001, p. 503.

de Dios y el poder del ejército eran suficientes para defenderse de estos “osados yankees”, como se les llamaba en aquel entonces. Sin embargo, este carácter había jugado en contra del gobierno, al encargarse la prensa durante meses de cargar las tintas de patriotismo y pasadas glorias patrias. Ante esto, el gobierno no pudo sino declarar una guerra que ya sabía perdida, asumiendo que si entregaba Cuba sin luchar el pueblo se levantaría contra el gobierno y la monarquía. En una guerra rápida y desastrosa, en la que España estuvo abandonada diplomáticamente por todos los países europeos, a excepción del Vaticano, en una guerra en la que se perdieron dos escuadras y las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, se acentuó posteriormente el reconocimiento de que la Madre Patria se hallaba en un trance mortal y ninguno de sus hijos podía negarle la ayuda que reclamaba.

Además surge el planteamiento de si la nación pertenecía a las razas inferiores o superiores. Tal vez, se planteaba, los elementos orientales presentes en la sangre española habían dañado de forma irreparable la capacidad de manejarse en un mundo moderno y pertenecer al grupo de los dominadores¹⁵. Esta degeneración se puede analizar como miedo: miedo a la desaparición del mundo rural y agrario donde habían dominado las estructuras familiares y el orden jerárquico, sustituido por ciudades donde existen nuevas formas de pobreza, de conflictos sociales y un vacío de poder directo evidente. Y miedo también a que otros pueblos, más jóvenes, industrializados y capacitados para la vida moderna, ocuparan el lugar dejado por quienes en el pasado habían demostrado su fuerza.

En un primer momento, la derrota fue considerada como una simple causa de la ineficacia del poder político¹⁶: la culpa era de la intransigencia de Cánovas y del ministro de Ultramar, Segismundo Moret. La negativa a terminar la guerra de manera pacífica de mano del acuerdo entre Martínez Campos y Martí, su sustitución por el intransigente y radical Weyler, así como la negativa a llevar a cabo las reformas necesitadas junto con los problemas filipinos se convirtieron en ejemplo de un gobierno colonial mal llevado que desencadenó un levantamiento y la pérdida de los territorios que pretendían defenderse.

¹⁵ J. ÁLVAREZ JUNCO, “La nación en duda” en J. PAN-MONTOJO (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, 1998, p. 456.

¹⁶ E. INMAN FOX, *La crisis intelectual del 98*. Madrid, 1976, p. 21.

El ejercicio de conciencia nacional regeneracionista del 98 hereda la tendencia modernista, que ve en la belleza el ideal supremo. Busca la “solución estetizante” del problema de España. Por otra parte, algunos regeneracionistas llenan sus libros de estadísticas, datos sociológicos y análisis políticos como métodos de acercamiento al conocimiento de los problemas de la nación. Sin embargo, muy pronto esta reacción política se convirtió en una visión cultural. Los escritores que eran jóvenes en 1898, y que se consideraban obligados a luchar contra la generación anterior bajo el signo del pensamiento, afrontaron el problema nacional como crisis de conciencia. Así, nace el concepto del “problema de España”. España se encuentra en un momento histórico difícil, con la vuelta del siglo muy cerca, y es necesario que estos autores, que se definen como reformadores, busquen la regeneración de la estructura social y económica de España¹⁷. Dichos autores consideran que el 98 exige un replanteamiento radical de la situación. Si durante el siglo XIX la historia había sido una constante lucha entre liberales y conservadores, entre hijos de la Revolución Francesa e hijos de la Ilustración por una parte, y defensores de los valores tradicionales de la Contrarreforma por otra, esto había demostrado que en vez de evolucionar, se había llegado a una parálisis progresiva¹⁸, que había demostrado que España no se encontraba a la altura del resto de Europa. Estos autores serían Galdós, Azorín, Baroja, Maeztu y Unamuno, entre otros.

La constante tendencia de estos autores al escapismo mental impidió que se enfrentasen realmente a los problemas sociales y políticos más acuciantes. Frecuentemente, dicho escapismo concluye en un reduccionismo que converge en una afirmación castellanista¹⁹. Esta tendencia les llevó a la creación de nuevos mitos nacionales, tales como el concepto de la España ideal, la Madre o el de Don Quijote²⁰. Dejando de lado las connotaciones religiosas del término, para la Generación del 98 la madre se ve como la madre-tierra, desde el punto de vista de la exaltación del paisaje natal por un lado, y desde la visión de Castilla como creadora y artífice de la personalidad hispánica por otro. Unido al concepto de la madre-tierra, nace el concepto de la España ideal. Ello parte de la convicción de que España se encuentra sin terminar, y que hay que terminarla para darle un remate bello a su tradición. Sin embargo, las

¹⁷ E. INMAN FOX, *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*. Madrid, 1988, pp. 13-25.

¹⁸ J.L. ABELLÁN, *Sociología del 98*. Barcelona, 1973, p. 28.

¹⁹ E. UCELAY-DA CAL, “Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular” en *Estudios Históricos de Hª Contemporánea* nº 15. Salamanca, 1997, p. 156.

²⁰ E. UCELAY-DA CAL, *Op. cit.* “Cuba y el...”, pp. 38-46.

ideas sobre cómo abordar este proyecto difieren de un autor a otro, mientras Azorín pretende interiorizar las energías para construir una patria mejor²¹, Maeztu habla de recuperar el catolicismo del Siglo de Oro para involucrar a todos los pueblos y Unamuno habla de la necesidad de la “quijotización” de España. La idea de la quijotización de la patria ya fue usada por los políticos de los primeros tiempos de la Restauración, pero aquí adquiere un significado nuevo: generar un nuevo papel de España y replantearse su misión y actuación en el mundo. Para ello, convertirán a Don Quijote en el arquetipo ideal de la regeneración nacional, será entendido como el Ulises español, el salvador de la patria. Pese a las diversas visiones literarias de este Quijote, todos los autores coinciden en que dicha figura representa como ninguna otra el deseo de gloria y el afán de la inmortalidad.

Podemos concluir que la Generación del 98, ligada al concepto de regeneracionismo, estuvo condicionada por el sentimiento de culpa respecto a la pérdida del Imperio. Ante esto, se convierte en el tope final donde concluyen todos aquellos que a lo largo de varios siglos han sentido de manera a veces profunda y oculta y otras aflorante y exigente, la preocupación nacional²². Desde la intuición de que con Lepanto comenzaba a insinuarse el mediodía del Imperio Español, pasando por los nubarrones del siglo XVII, para concluir en la gran tormenta del siglo XIX; España siempre vive y vivirá con el mismo problema: su existencia y el antagonismo interior que lo constituye.

Nacionalismo cubano

No podemos entender la crisis nacional de fines del siglo XIX sin desviar nuestra atención hacia la isla de Cuba. Cuando llegamos a 1825, como ya se apuntó más atrás, España había perdido su imperio colonial y sólo conservaba Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y Filipinas y otras islas en el Pacífico. A lo largo de todo el siglo XIX, la metrópoli intentará conservar los restos de sus dominios ultramarinos y consolidarse como una potencia de segundo orden. A diferencia de la mayoría de los territorios americanos, Cuba mantuvo su fidelidad a Madrid; esto se produjo, por un lado, debido a la repatriación a la isla de los ejércitos realistas que abandonaban el continente, y por otro, por la actitud de una burguesía criolla que cambió libertad política por seguridad política y económica. Sin embargo, esta fidelidad hacia la metrópoli se traduce en la

²¹ Azorín defiende la máxima de: *Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas*. (San Agustín. *De vera religione*, cap. XXXIX).

²² D. FRANCO, *España como preocupación*. Madrid, 1998, p. 25.

exigencia de reclamar una mayor capacidad de decisión sobre los asuntos propios. La lógica evolución del reformismo colonial llevó a pedir cierto autonomismo, que ante la negativa de la metrópoli acabó explotando en un irredento independentismo contra el que España poco pudo hacer. Frente a las aspiraciones políticas de Cuba, la metrópoli desarrolló un modelo de control basado en la desconfianza: consideraba que toda mínima concesión al *status quo* existente se podría convertir en la cabeza de puente del independentismo *de facto*.

Así, en 1837, Cuba pierde su representación parlamentaria en las Cortes Españolas; en 1860, en el contexto de la Guerra de Secesión Americana, existe un miedo real a que la victoria de los sudistas provoque una expansión hacia el Sur que absorba Cuba. Ante esto, se redobla el esfuerzo porque la metrópoli aparezca con un talante conciliador. En 1865, cuando acaba la guerra con la victoria unionista, finalizan las aventuras bélicas en Chile y México y el ejército vuelve a estar parado, España estaciona el grueso de sus tropas en Cuba y Puerto Rico, prefiriendo garantizar la estabilidad a través de las armas antes que iniciar una política reformista para atraerse al grupo criollo. Vemos la construcción de un Estado liberal en dos velocidades: una rápida para la metrópoli y otra lenta para el mundo ultramarino²³. Ante esta frustración constante, se genera un caldo de cultivo que estalla en la Guerra Chica (1868-1878). Posteriormente, con la Paz de Zanjón y el fin de las hostilidades, Cuba consiguió una ley municipal y provincial basada en el sufragio, creación de partidos políticos, retorno a la representación parlamentaria en las Cortes Españolas, derechos de reunión y asociación, ley de imprenta y el derecho a elecciones políticas²⁴.

La visión que se tenía de la Cuba post-Zanjón nacía de la opinión de que “[la paz] no es más que un punto de partida para ver quién llegaba antes, si España mejorando la administración(...)o los separatistas”. Ya en el año 1879, los representantes antillanos tenían asiento en el Parlamento, desde donde plantearían una reforma colonial; sin embargo, esta puerta fue cerrada en 1881, cuando el ministro de Ultramar de turno juró que la autonomía jamás sería una opción política de la metrópoli. Esta sería la tónica dominante en la política colonial hasta que Maura intentará frenar el

²³ L. M. GARCÍA MORA, “La fuerza de la palabra. El autonomismo en Cuba en el último tercio del siglo XIX” en *Revista de Indias*, vol. LXI, nº 223. Madrid, 2001, p. 717.

²⁴ E. HERNÁNDEZ SANDIOCA, “la política colonial española y el despertar de los nacionalismos en ultramar” en J. P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Antes del “Desastre”*. Madrid, 1996, pp. 133-138.

conflicto con el Estatuto Maura²⁵, resultado de la comprensión de que, si se quiere conservar la isla de Cuba, es necesario transigir y olvidarse del inmovilismo. Pero este gran proyecto²⁶ fue rechazado cuando los *lobbies* de presión existentes que comentaremos más adelante, consiguieron la dimisión del ministro. Sin embargo, frente a la intransigencia de antaño, en la metrópoli comenzaban a calar las ideas autonomistas. Lamentablemente, el estallido de la guerra en 1895 dará al traste con toda posibilidad de consenso, producida por la perseverante intención de españolizar la isla, generando un conflicto social intergrupual de pérdida y cambio de poderes que no hará sino acrecentar la sensación de pertenecer, colonia y metrópoli, a ámbitos distintos.

Frente a esta aspiración autonomista constantemente frustrada, se fue asentando tras la Paz de Zanjón un nacionalismo larvado que se desarrollaría a lo largo de los años 80 del siglo XIX. Dicho nacionalismo debemos entenderlo en su contexto espacio-temporal. El triunfo de la ideología nacionalista en la construcción de Italia y Alemania influyó de manera evidente en Cuba. Las peticiones y deseos fueron claras: la reivindicación del derecho de autodeterminación, el redescubrimiento y uso de la cultura popular y el derecho tradicional, combinándose con el desplazamiento hacia la derecha política del movimiento nacionalista²⁷. Con esto, destacadas figuras anticolonialistas en Cuba, Como Martí²⁸, potenciaron la aparición de movimientos nacionalistas, ayudados por el antiimperialismo reinante en las respectivas colonias. El fracaso autonomista no hizo sino avivar las llamas independentistas, llegándose a la conclusión de que la única salida posible para solucionar los problemas del sistema cubano venía de la mano de la liberación, por la paz o por las armas, de la metrópoli española. Ante esto, cabe subrayar que en términos generales a los independentistas cubanos no les impulsa el odio hacia España como un enemigo convencional; sino un odio nacido de la incomprensión y la resignación que provocará que no sientan nada que les identifique con la patria española. Además la importancia del nacionalismo cubano, desde un punto de vista peninsular, radica en que favorecerá la potenciación del

²⁵ R. PIÑA HOMS, "El proyecto del Estatuto Maura de 1893 para la autonomía de Cuba y Puerto Rico" en *Memòries de la Reial Acadèmia Mallorquina d'Estudis Genealògics, Heràldics i Històrics*. Nº 11. Mallorca, 2001, p. 149.

²⁶ Diputación única, 18 diputados con capacidad para tratar temas de obras públicas, comunicaciones, agricultura, industria, comercio, educación y sanidad. Capacidad para formar su propio presupuesto.

²⁷ I. SEPÚLVEDA MUÑOZ, "¡Viva Cuba Libre!: Análisis crítico del nacionalismo martiano" en J.P FUSI y A. NIÑO (eds.), *Antes del "Desastre"*. Madrid, 1996, pp. 263-265.

²⁸ (1853–1895): Político republicano, pensador, periodista, filósofo y poeta cubano de origen español, creador del Partido Revolucionario Cubano y organizador de la Guerra del 95 o *Guerra Necesaria*.

nacionalismo español. Si durante todo el siglo XIX el tema cubano supuso una gran preocupación para España y los españoles, su independencia supondrá un revulsivo que junto a la mortificación que siente la metrópoli, tanto por la pérdida como por la forma de perderla, provocará el nacimiento de un nuevo sentimiento de “españolización” que preferirá volver su vista hacia las glorias pasadas, y olvidar todo el siglo XIX.

Nacionalismo estadounidense

En la construcción del nacionalismo español y cubano, no podemos olvidar la importancia capital que tuvo la intervención de Estados Unidos, primero como árbitro mediador, y posteriormente con un ejército vencedor y conquistador. A fines del siglo XIX, Estados Unidos se había convertido en una poderosa nación industrial y aspiraba a controlar mercados y materias primas más allá de sus fronteras. Pero, ¿cómo pasó un territorio de apenas 1 millón de km² y 4 millones de habitantes en 1800 a controlar 9 millones de km² y tener 63 millones de habitantes en 1890²⁹? Desde la guerra de 1812 contra Gran Bretaña, la política exterior de Estados Unidos estuvo regida por cuatro aspectos muy concretos:

1. La Doctrina Monroe: Formulada en 1823 y que Estados Unidos se encargó de defender determinando la unidad americana y su hegemonía en dicho continente. Consideraban que el mundo era lo suficientemente grande para que Europa y América, separadas por un océano, no se inmiscuyesen la una en asuntos de la otra. Ese aislacionismo será la tónica general en todo el siglo XIX.
2. La defensa de la idea de que todas las antiguas colonias americanas, tanto francesas, inglesas o españolas, al igual que habían hecho los Estados Unidos en 1776, tenían que independizarse e instaurar regímenes democráticos.
3. El peso de la relación compleja entre Inglaterra y sus antiguas colonias, que provocaron un sesgo, en muchas ocasiones radical, en los asuntos americanos y antillanos.
4. El interés cada vez mayor por abrirse al comercio con Asia, que implicaba un acercamiento a los archipiélagos del Pacífico, dentro del marco expansionista.

²⁹ Datos obtenidos de las tablas de A. JONES MALDWYN, *Historia de Estados Unidos. 1607-1992*. Madrid, 1995, pp. 630-632.

Junto a esta idea, circulaba la “obligación moral” de extender a ciertos pueblos atrasados, los beneficios de la civilización anglosajona.

El despertar del nacionalismo americano se produce tras la Guerra Civil. Mientras los Estados Unidos se encontraban inmersos en 4 años de guerra, dos potencias europeas intentaron recuperar su influencia perdida en el hemisferio occidental, aprovechando el desvío de atención de los temas americanos. España había reafirmado su soberanía sobre la República Dominicana, mientras la Francia de Napoleón III se había lanzado a la conquista de México. La posterior evacuación francesa y española no hizo sino reafirmar la validez de la doctrina Monroe a los ojos estadounidenses. Una vez solucionado el conflicto por el sur, los ojos estadounidenses se desviaron al norte, desde donde veían con creciente hostilidad el expansionismo ruso por el territorio de Alaska. Finalmente, en 1867 Estados Unidos comprará dicho territorio a Rusia. Con el paso de los años, mientras continúa lo que consideran la expansión natural de los Estados Unidos por el Oeste, el país sale de la introspección y entra en el camino del imperialismo. Si durante el conflicto de la Guerra Chica en Cuba intentó mantenerse al margen de los asuntos insulares, en 1878 tienen el control de gran parte del archipiélago de Hawai³⁰.

Con el aumento del orgullo nacional, un *jingoísmo* irrespetuoso acabó llegando a la política exterior norteamericana: ellos eran los adalides de la Doctrina Monroe, y ellos se encargarían de defenderla, pleiteando, bien con las armas o bien con las leyes, con el resto del mundo. Los Estados Unidos debían controlar aquellas regiones cuya independencia peligrase debido a los intereses de las potencias europeas. Su control era un mal menor al evitar el futuro peligro de desestabilizar la región y amenazar la seguridad estadounidense³¹. Este nacionalismo exacerbado de la década de 1890 culminó en la guerra con España. Pese a esta, teóricamente, clara inclinación imperialista, la actitud de Estados Unidos no fue siempre clara, como en el caso de la Cuba española.

Desde su independencia de Gran Bretaña, los Estados Unidos tenían en mente reforzar su posición estratégica, poniendo un pie en el subcontinente meridional; el dominio del Caribe podría servir como cabeza de puente de tal expansión. En 1809 el

³⁰ C. de la GUARDIA, *Historia de Estados Unidos*. Madrid, 2009, pp. 252-255.

³¹ A. Jones MALDWYN, *Historia de Estados Unidos. 1607-1992*. Madrid, 1995, pp. 368-371.

presidente Jefferson deja claro que “[la agregación de Cuba] a nuestra confederación (...) es necesaria”³². Cuba se hubiese convertido en la joya de la corona tras la compra de Lousiana en 1803 y la Florida en 1819. La oferta de 100 millones de dólares efectuada por la administración americana a España en 1848 deja claro el evidente y manifiesto interés por Cuba; la respuesta española fue igual de evidente y clara: el presidente Narváez y el ministro de Estado contestaron que “La opinión unánime del país preferiría ver a la isla sumergida en el Océano, antes que cedida a cualquier potencia”³³.

Dicha negativa, junto al conflicto diplomático del año 1854, convencieron a los Estados Unidos de la obligatoriedad de arrebatar por la fuerza la isla de Cuba, en caso de que rechazasen nuevas ofertas económicas. En 1888 quedaba claro que Cuba española era un obstáculo estratégico. Aún así, los movimientos eran tibios; si en 1893, pese a que se percibía que la autonomía española parecía no funcionar, la administración Cleveland no apoyó a la causa cubana. En cambio, en 1896 reconoció el derecho de beligerancia de Cuba e instaba a España a que pusiese fin a la insurrección, si bien solo intervendría cuando la soberanía de España sobre la isla de Cuba se hubiese extinguido.

Cuando en 1897 se convierte en presidente McKinley, la actitud de Estados Unidos es algo más intransigente: si tenía lugar la intervención sería sólo por el trato inhumano de los españoles a la población de Cuba. La intervención era sólo un acto humanitario. Esta actitud nace del prejuicio que tenían muchos norteamericanos contra la “católica España”, a la que consideraban un reflejo de todos los males del pasado. Pese a estos postulados tan honrosos, detrás se escondía la necesidad de intervenir en Cuba³⁴: el cambio de poder en el lejano Oriente con la ascensión de Japón, y el intento de Rusia y Alemania de aprovechar esa coyuntura en el Pacífico en beneficio propio, hacen que Estados Unidos se plantee la necesidad de dar un golpe encima de la mesa diplomática, recordando sus interés, posición y poder. Con esto vemos que pese a la fuerte presión social del pueblo norteamericano, la administración, tanto la del presidente Cleveland como la de McKinley, buscaban un *casus belli*. La explosión del

³² H. O'DONNELL, “La Armada: proyectos y realidades de una política naval” en J. P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Vísperas del 98: Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, 1997, p. 102.

³³ C. de la GUARDIA, *Historia de Estados Unidos*. Madrid, 2009, p. 172.

³⁴ A. BOSCH, *Historia de Estados Unidos. 1776-1945*. Barcelona, 2005, p. 290.

Maine se lo dio. El “desastre” de 1898 fue visto por el mundo de habla inglesa como un hecho de justicia histórica.